

# SIGILO

ISMAEL MARTÍNEZ BIURRUN

ALIANZA EDITORIAL

## Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Ismael Martínez Biurrun, 2019  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-9181-552-5  
Depósito legal: M. 12.533-2019  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A mi madre, cuya voz sigue viviendo dentro de mi cabeza.  
Y todo lo que dice es verdad.*



(Abajo)

¿Esto es real?

Un interrogante alzado en mitad del vacío.

Porque no hay luz.

Ni tampoco sonido, aunque esto no es nuevo para él.

Todo lo que llega a sus terminaciones nerviosas es la negación de un dónde y de un cuándo.

Pero al menos es capaz de hacerse la pregunta, y eso debería bastar, debería probar que al menos conserva la vida.

Recuerda haber tenido sensaciones, aunque no puede fijarlas en un punto del pasado o del presente. Recuerda una sacudida, un deslizamiento, después un dolor que se extendía por todo el cuerpo, las manos hinchadas, las uñas descarnadas.

Se ha derrumbado, piensa. La casa se me ha venido encima.

Pero no se trata de su casa, ni ha sucedido ahora, ni siquiera es él quien yace entre los escombros. *Derrumbe* solo es una palabra que gira como una llave en su memoria.

*Jodi pou mwēn, demen pou yon lot*

Llega el rumor de una voz que puede ser remota o ridículamente próxima. Una voz de verdad, surgida de una garganta de verdad, no una imitación hecha de espasmos electrónicos —no, otra vez no, por favor—, y de pronto el milagro le produce vértigo.

*Jodi pou mwēn, demen pou yon lot*

Es una mujer y está cantando, o rezando, o ambas cosas. Podría ser mamá, piensa, pero solo es un deseo bruto, sin confeccionar. Su propio nombre es todavía un borrón.

*Simitye mache pazapa*

Quiere levantar la cabeza, en vano. Puede tocar la tierra que lo rodea con la punta de la lengua. La palabra *túnel* se abre paso en su mente. ¿Túnel hacia dónde, y desde dónde?

*iGade deye, o!*

Es entonces, con el golpe de la última *o*, cuando se reconstruye la historia entera en su cabeza. El dónde y el cuándo. El coche. La lluvia. El derrumbe en el titular del periódico. Los ojos marrones y tristes del padre. Los ojos azules y gozosos de un hombre llamado Coppel.

Y por debajo, constante y sordo como el giro del planeta, el odio que lo ha traído hasta aquí.

## Visitas

Magaly miró a los ojos del chino y sintió la descarga de una revelación, aunque inútil y sombría, como la solución de un teorema que no demuestra nada. Y era como sigue: el chino y ella habían recorrido durante décadas el planeta para encontrarse justo aquí, en esta ciudad a medio camino, y llevar a cabo este preciso acto de intercambio. Ella puso las bombillas encima del mostrador. Él dijo «dos cincuenta» y ella le tendió un billete de cinco. Él le dio el cambio. Ella dijo que no quería bolsa, gracias, y se dirigió a la salida, arrastrando la mirada de él en su trasero. Fin.

Existe una armonía en los dos significados de la palabra fin, como en el sonido de dos piezas contrarias que de pronto encajan, y son las últimas, sobre un tablero gigantesco: conocerás el propósito de tu vida cuando llegues a su final. Por pensar de esta manera su madre la llamaba loca. Aunque la vieja no estaba aquí para repetírselo.

Mamá y papá ya no eran piezas del rompecabezas. Ahora su lugar lo ocupaba otra vieja.

La señora Claudia la había mandado a comprar bombillas porque decía que su marido se dedicaba a fundirlas durante la noche. También lo acusaba de otras cosas. De cambiar los libros de sitio. De encender el ordenador. De robar pequeños objetos. A veces, la señora dejaba un anillo barato o un pintalabios sobre la mesa del salón, antes de acostarse, y murmuraba: «No seas travieso, ¿eh?». Magaly intuía que la señora no dejaba objetos de verdadero valor para demostrarle que, milagros aparte, de quien sospechaba era de ella.

Porque se daba la circunstancia de que el marido había muerto cuatro años antes. Una conspiración de células enfermas, en lo más alto y en lo más bajo de su cuerpo, lo consumió en apenas unos meses. Una noche murmuró que quería ser incinerado, pero no tuvo tiempo de decidir dónde debían arrojar sus cenizas, así que Claudia se trajo la urna a casa y la colocó en el dormitorio conyugal, no muy lejos de donde la cabeza de él había reposado durante el último medio siglo. Y entonces, solo algunas semanas después, la viuda se levantó de la cama, fue a la cocina donde su hijo menor preparaba el desayuno y anunció:

—Creo que anoche me encontré a papá en el pasillo.

No estaba segura porque, después de todo, solo era una silueta parada en el umbral del recibidor. Una sombra. Que había movido un brazo, el derecho, tal vez a modo de saludo. Y nada más. Pero ¿quién, si no Rafael, podía pasearse por allí?

Sus hijos fueron cariñosos con ella, los dos fríos y distanciados hermanos se esforzaron de verdad durante aque-

llos días, mientras Claudia los odiaba secretamente por no creerla. Luego pasó el tiempo y, una tarde idéntica a cualquier otra, ella resbaló en el cuarto de baño. El resultado fue una cadera rota y la mitad de la pensión dedicada al salario de una interna. Entonces algo más cambió, con la llegada de Magaly.

A partir de aquel día las manifestaciones del difunto se convirtieron en una rutina. Su *relato*, al menos. Magaly, que acogió la primera historia con un gesto sincero de conmoción, tuvo que fabricar una máscara nueva para la crónica de cada mañana. Lo que no era fácil, porque debía mostrar escándalo y sobrecogimiento, pero también algo parecido a una gozosa iluminación. Lo importante, comprendió después, no era el efecto que las historias causaban en ella. Se trataba de constatar que la señora no sentía el menor miedo ante las visitas de su esposo, antes al contrario, la reconfortaban, constituían una especie de mensaje beatífico. Hemos mirado por detrás de la muerte, decían, y todo está en orden. El papel que correspondía a Magaly, exclusivamente, era el de admirarse por la fortaleza espiritual de aquella mujer.

Regresó con las bombillas, la barra de pan y el periódico.

—Gracias, Magaly —dijo sin mirarla, apostada en su butaca predilecta ante el ordenador—. Déjalo en la cocina.

La viuda había decidido, aunque sin confesarlo, no salir nunca más de casa. La cadera servía de excusa, pero habían pasado dos años de la operación y ya no le quedaba más que una cojera testimonial, apenas subrayada por la presencia de un bastón que, sospechaba Magaly, la señora dejaba olvidado cuando nadie miraba. De modo que se pasa-

ba mañanas y tardes enteras sentada frente al ordenador. Escribía *emails*, leía las noticias, pero sobre todo escaneaba y retocaba viejas fotografías. Llegó a apuntarse a un curso de informática *online*, pero lo abandonó en cuanto se arregló con el manejo de las herramientas básicas. Cuando Magaly le decía que era una mujer autodidacta, Claudia sacudía la cabeza y respondía que solo imprudente. Aunque sonreía para sí.

La dominicana recorrió el pasillo deprisa, tratando de desprenderse de la sensación de fatalidad que la había emboscado en la tienda del chino. Le gustaba moverse por aquel piso. Estaba hecho de puertas estrechas, corredores largos y recovecos donde se agazapaban habitaciones minúsculas, como si lo hubieran diseñado para grandes familias de seres bajitos y laboriosos. Si se paraba ante las ventanas del salón, en los días de luz, Magaly podía refugiarse en el verde resplandeciente de los árboles y trasladarse a cualquier lugar lejos de Madrid, tal vez a una selva amazónica, tal vez a la isla de su infancia.

Sol y viernes eran dos palabras que la invitaban a cantarrear. A las doce de la mañana del sábado abandonaría aquella hermosa prisión para no regresar hasta las nueve de la noche del domingo. Treinta y tres horas de libertad. Tiempo para sus compras. Tiempo para telefonar a sus primas, la única familia que le quedaba en Santo Domingo. Tiempo para meterse en la cama de Horacio y hacer el amor y cocinar mofongo y beber ron hasta perder el sentido. Tiempo para dormir sin escuchar los pasos de la señora cazando fantasmas en la madrugada.

Después de cambiar las bombillas, Magaly simuló tener que pasar la mopa por la habitación del ordenador para

poder echar un vistazo al trabajo de la señora. Sabía que a ella le gustaba sentir su mirada por encima del hombro, a modo de público silencioso, igual que le gustaba sentir a Magaly durmiendo en la habitación de la entrada, por las noches, aunque nunca requería su ayuda.

—Solo es una prueba —se protegió Claudia. En la imagen de la pantalla se congregaban cuatro generaciones de la familia Arrieta sobre un fondo campestre. Todas las siluetas habían sido recortadas de otras fotografías, y un filtro azulado empastaba el conjunto para disimular el salto entre el color y el blanco y negro.

A Magaly no le interesaba tanto lo que se veía como lo que quedaba escondido por las imágenes, las intenciones no premeditadas. La dominicana había vivido lo suficiente para saber que el arte es solo una clase singular de magia, un código para contactar con el otro lado. El otro lado de qué, le habría preguntado su madre. Magaly, baja de las nubes.

—Está muy bien, Claudia.

—¿No se nota el cambio de color aquí, en los bordes?

Claro que se notaba. Esa era la gracia.

—No.

Comían temprano y luego la señora se quedaba dormida viendo los programas del corazón. Magaly tenía que asegurarse, antes de ponerse a mandar wasaps, porque Claudia no soportaba verla con el móvil. Así que vigilaba discretamente cómo se cerraban aquellos párpados de setenta años y esperaba a que la respiración se hundiera bajo el peso del primer sueño. Claudia había sido una mujer hermosa. Aún lo era. El duelo se escondía bajo su piel como una falla invisible; todo iba bien hasta que llegaba el

terremoto, y entonces tenía que sentarse en la cama y sujetarse la cabeza con las manos para llorar, como si temiera que pudiera desgajarse del cuello y hacerse añicos contra el suelo.

En aquellas ocasiones siempre terminaban hablando de los hijos. De los que tenía Claudia, de los que no podía tener Magaly. Los hijos eran el gran fin, en todos sus sentidos.

Esa noche Magaly tuvo un sueño horrible.

Se encontraba en una casa que no era la suya, ni la de Claudia, ni ninguna otra en la que hubiera servido en los últimos años, pero que le resultaba oscuramente familiar. Era España, de eso no tenía duda. Estaba sola y preparaba la comida para alguien que llegaría de un momento a otro. Un hombre. ¿Horacio? Sí, debía de ser él, porque ella había dejado su vestido rojo colgado en la puerta para cuando terminase de cocinar; el vestido favorito de Horacio. Y estaba excitada. Pero había surgido algún problema; cada cinco minutos ella le enviaba un wasap, cuánto tardas, ¿estás llegando?, y él nunca respondía. A cambio llegó la noche, y la cena se quedó fría sobre la mesita frente al televisor. Magaly se quitó el vestido, lo recogió. Se dispuso a comerse el guiso, pero de pronto la bola de carne tenía un aspecto tumefacto, como un órgano que hubiera dejado de palpitar. Lo tiró al cubo de basura; también el helado que guardaba en el congelador. Estaba furiosa y se preparó un baño con espuma, intentó masturbarse, se rindió. Entonces oyó el sonido de la puerta y los pasos de un hombre por la salita. Iba a llamarlo, estoy desnuda y enojada, le diría, pero de pronto tuvo la certeza de que no era Horacio. Permaneció muy quieta en la bañera, escuchando. La puer-

ta del cuarto de baño estaba entornada y por la rendija atisbó la espalda de un hombre canoso en mitad de la salita. Vestía un traje gris, y ahora sacaba algo de sus bolsillos. Magaly alcanzaba a oír el *clic-clic* de los objetos depositados con cuidado sobre la mesa. Luego el hombre se enderezó y dio media vuelta para marcharse. En ese instante Magaly pudo ver su perfil. Se trataba de Rafael, el esposo de Claudia. El difunto. Claro que en los sueños nadie está muerto del todo y ninguna visita es por completo inesperada. Por eso Magaly se limitó a taparse la boca, inmóvil en el agua templada, y a esperar el sonido de la puerta principal. Luego contó un minuto más, salió de la bañera y se envolvió en una toalla. El apartamento estaba vacío. Pero no del todo. Se acercó a la mesa de metacrilato donde poco antes hubo una deliciosa cena. En su lugar, una colección de menudencias se alineaban en un círculo casi perfecto: un pasador de pelo, un anillo de bisutería, un viejo cargador de móvil, un pequeño dietario, unas llaves..., y en el centro, la joya del botín: una vieja fotografía familiar que Magaly recordaba haber visto siempre sobre la cómoda del dormitorio. Uno a uno, reconoció todos los objetos que la señora Claudia había dado por perdidos o, mejor dicho, robados. Y aunque era una locura, Magaly acató la lógica de los hechos; el señor Rafael había reunido aquel ajuar de rapiñas, noche tras noche, y luego había decidido esconderlo en el único lugar donde Claudia jamás podría encontrarlo: dentro de los sueños de la criada. Tenía tanto sentido que se sintió embriagada por la responsabilidad. Cogió el anillo y se lo puso en el dedo, despacio, como una profanación traviesa. Le gustó notarlo alrededor de su piel, frío, prieto, real incluso en su doble falsedad.

Entonces escuchó una respiración a su espalda. Se dio la vuelta y allí estaba el señor Rafael, de nuevo plantado ante ella, aunque su aspecto se alejaba dramáticamente del de las fotografías. Su pelo había sido engominado sin esmero hacia un lado, sus mejillas brillaban por el efecto de algún potingue barato y sus ojos castaños parecían abultados y acuosos, como hechos de plástico. El espectro —que no parecía un ángel ni un alma bendecida del cielo, sino todo lo contrario— quiso abrir la boca para decir algo, pero no le resultó fácil. Unos filamentos plateados mantenían sus labios cosidos a un plástico dentro de la boca, algún tipo de prótesis contra el hundimiento del rostro. A duras penas, el muerto logró desgarrar su propia carne para pronunciar: «Mi hijo». Luego repitió, con una consternación desoladora: «*Mi hijo*». Y entonces algo se desprendió de sus ojos. Como dos enormes lágrimas solidificadas, las lenti-llas rugosas que el maquillador había colocado para mantener sus párpados cerrados se escaparon de su sitio y resbalaron por el rostro atormentado.

Magaly se despertó con la boca abierta de par en par, pero muda, porque su grito se había quedado en el sueño, junto con todo lo demás. Su corazón, en la garganta.

La casa se deslizaba silenciosa como un buque por la madrugada.

Se sentó en la cama. Sus pies se retrajeron al notar la temperatura del parqué, templado como la piel de un animal, pero se esforzó en quitarse la imagen de la cabeza, porque necesitaba ir al baño. Cruzó deprisa el pasillo, evitando mirar dentro del dormitorio de la señora. No se oían ronquidos, lo que significaba que podía estar despierta y atenta a cualquier movimiento. Esperando a Rafael.

A tientas, Magaly se sentó en la taza y trató de mear del modo más silencioso. Estaba concentrada, sus dedos entrelazados sobre las rodillas, cuando notó algo que le cortó el chorro. Se levantó de un brinco, un segundo después, cerró la puerta y encendió la luz del cuarto de baño. Ahora sí soltó un grito, aunque breve, como el maullido de un gato aplastado.

Porque seguía allí.

En el cuarto dedo de su mano izquierda.

Y brillaba como si dijera: puede que no sea de plata, pero mírame, soy mágico, vengo del otro lado. Y te he pillado.



## *Brand Manager*

—Cuéntamelo, anda.

—¿Qué? —Un golpe de aire le sacó el botón de la oreja.

—Dime dónde estás, dime lo que ves.

Loreto le hablaba desde la trastienda del Tattoo Doc, doscientos metros por debajo.

—Es una pasada —dijo Fede. El cable del móvil se sacudía a unos centímetros de su boca—. ¿Me puedes oír con el viento?

—No me vale con que es una pasada. Soy una tía con lecturas, quiero adjetivos y comparaciones y todo eso.

Fede avanzó unos pasos por la plataforma, sin acercarse demasiado al abismo. A sus pies, Benidorm se extendía como una caótica sonrisa de hormigón frente al mar.

—Vale, con adjetivos y todo eso. —Entornó los ojos para que la panorámica no lo aturdiese—. Estoy arriba del todo, en la terraza. No es una terraza, en realidad. Es como un pentágono gigante, liso, sin barandillas ni nada.

—¿Y qué ves?

—Todo. Pero no parece de verdad.

—¿Qué?

—Parece una ciudad de Lego. Pero sin muñequitos. Si miro atrás tengo el Hotel Bali. Es como un colega cachas que viene a la fiesta. ¡Eh! —Agitó una mano en el aire, pero se arrepintió de inmediato. El sutil balanceo del rascacielos en construcción trepaba por sus piernas y era imposible no alarmarse—. Todos los demás edificios son enanos. Y feos. Es como ver un montón de cogotes sudados.

Ella rio.

—Pero cuéntame el paisaje, hombre, no me hables de los puñeteros edificios.

—¿El paisaje?

—Sí. El mar, las montañas...

—Tú eres la artista, yo qué sé. El mar es el puto mar. Sigue por detrás de la isla y se acaba en el horizonte, es igual que mirarlo desde abajo. Lo que más impresiona es el portaaviones, a unos tres kilómetros. La hostia de grande. —Sacó sus binoculares Steiner de la funda. Se los llevó a los ojos. Enfocó—. Ahora estoy viendo cómo suben un helicóptero a la cubierta. Flipante. Creo que es un Seahawk. Pero supongo que eso no lo consideras paisaje. —Miró a su espalda—. A ver, las montañas...

—Son las putas montañas, ¿no?

—No, se ven mejor, como en HD. Veo hasta las grietas de las rocas. Y parece que se mueven. Se acercan. Quieren echarnos a patadas y llegar al mar. —Levantó el rostro. El sol se iba despacio, pero aún quemaba—. Esto es muy raro, si miro al cielo tengo más vértigo que si miro hacia el suelo.

—¿Por qué?

—No sé, se me va la pinza. Esto se mueve un poco. Es como estar flotando. O cayendo hacia arriba. Me da miedo.

—Vale. Pues mira hacia abajo. ¿Ves mi calle?

—Veo... sí, creo que sí. Espera. —Giró la ruedecilla—. Veo el letrero del restaurante chino y parte de vuestro tejado. Hay unas escaleras de metal, ¿por qué no te subes? Sería sexy verte las tetas desde aquí.

—Que me suba al tejado y te enseñe las tetas, claro.

—Seguro que a Doc no le importa, es muy comprensivo.

—Fede...

Él iba a decir otra cosa, una pulla guardada bajo la almohada desde hacía algún tiempo, pero entonces sus prismáticos detectaron un movimiento al pie del rascacielos. Una figura que se agitaba al otro lado de la verja. Enfocó.

—¿Qué coño hace ese tío?

—¿Qué?

—Tengo que dejarte, Lore. Hay alguien que intenta colarse.

Se quitó el auricular mientras ella aún hablaba y volvió a apuntar sus prismáticos hacia el terreno. Se encontró con el rostro de un hombre calvo y trajeado que, parado ante la verja, hacía el molinillo con los brazos. ¿Se dirigía a él? Fede estuvo a punto de retirarse del borde, sobresaltado. ¿Cómo era posible que pudiera verle desde allí?

Optó por devolverle el saludo, y a continuación hizo un gesto con el dedo para indicar que bajaba, aunque era impensable que el otro lo distinguiera.

—¿Qué querrá ese capullo?

El único ascensor que corría por las tripas del Alpha Centauri estaba programado en modo «Bomberos» y tardaba un minuto entero en descender hasta el vestíbulo. Nadie se había molestado en instalar un espejo en aquel habitáculo, demasiado grande para una sola persona, y durante el trayecto Fede solía fijar su vista en el plástico sucio del suelo. Había llegado a convencerse de que la cabina se meneaba más cuando cerraba los ojos, como tanteando, esperando un descuido para llevarle a otro lugar. Al infierno.

Se enteró del trabajo por casualidad. Un cliente del Vanilla's se puso grosero con las bailarinas y tuvo que ser acompañado a la puerta por el abrazo férreo de Gonzo y Fede. Era un inglés enorme, lleno de tatuajes. «Soy compañero», les dijo, como si se pudiera apelar a algo parecido a una hermandad de gorilas de discoteca. Luego vomitó sobre la arena de la playa y comenzó a contarles lo del Alpha Centauri. El monstruo de hormigón estaba desahuciado; la promotora no había encontrado respaldo económico para corregir los fallos estructurales y terminar la obra, de modo que había decidido dinamitarlo. Tirarlo todo abajo. Aquello debía mantenerse en secreto hasta el último momento; tenían miedo de que grupos antisistema o simples vagabundos se instalasen en su interior. Pero el tamaño del reo era demasiado grande y la noticia ya iba de boca en boca, por lo que la empresa propietaria había contratado un servicio de vigilancia de veinticuatro horas. Era un trabajo cómodo y bien pagado, con el único requisito de no padecer vértigo. Aunque el cometido principal era la vigilancia del perímetro —ocho mil metros cuadrados de hierbajos, tierra, escombros, rampas y montones de ladrillos—, también se exigía echar un vistazo a las cincuenta plantas

al menos dos veces al día. Una labor que solo podría calificarse de fatigosa y aburrida, de no ser porque el ascensor se detenía irremisiblemente en la planta cuarenta. Lo que continuaba a partir de allí ni siquiera se parecía a una casa, sino más bien una ciclópea raspa de pescado. Aventurarse por las escaleras desnudas de los diez últimos pisos era como encaramarse a un trampolín de altura demencial, sacudido por continuas corrientes de aire que susurraban: *fallo estructural, fallo estructural...*

Gonzo dijo que ni de broma.

Fede preguntó con quién tenía que hablar.

Y supo adaptarse. Estaba acostumbrado a los trabajos temporales, tenía licencia de armas y no le impresionaban las alturas. Lo que atería su ánimo era el silencio. Hablaba con Loreto durante horas, no importaba sobre qué, con tal de mantener el sonido de aquella voz pegado a su oreja el mayor tiempo posible. Porque al colgar se le encogía el estómago; el silencio del viento era peor que cualquier vértigo.

Los dos vigilantes contratados hacían turnos de doce horas y se sorteaban las noches. Porque las noches sí acojonaban. Muchas veces, cuando Fede adentraba sus pasos por una de las plantas superiores, linterna en mano, una sombra venía cabalgando en una ráfaga de viento y se echaba sobre él, como si quisiera agarrarlo de la solapa y arrastrarlo hasta el borde.

—¡Está prohibido el paso! —gritó mientras remontaba la pista entre el edificio y el perímetro cercado.

—¡Hola!

Unas gafitas redondas y una perilla rubia daban contexto a la sonrisa vulgar del visitante, que no dejó de saludar hasta que Fede se plantó al otro lado de la verja. La mano